

ción de medallas en Puebla á los valientes soldados del 5 de Mayo, la Sra. Juárez en compañía de la esposa del ministro de la Guerra general Blanco, puso el distintivo de honor en los pechos de los valientes defensores de la Patria, estimulando así con su presencia y con su participación en aquel hermoso acto, el entusiasmo del ejército y su decisión para morir en defensa del suelo que los vio nacer.

Tuvo que salir al fin el Sr. Juárez de la Capital de la República para seguir sosteniendo la bandera de la patria y de los principios republicanos atacados unas y otros por el ejército invasor y entonces Margarita y toda su familia, al cuidado de su hijo político Pedro Santacilia, salieron para el extranjero. Al llegar á Matamoros fueron muy bien recibidos por muchas personas respetables del puerto y ahí hubieran permanecido algún tiempo sin otro presentimiento, esta vez del Sr. Santacilia, que libró á toda la familia de un peligro cierto é inmediato. No habiendo en efecto querido permanecer más tiempo en Matamoros, salieron violentamente de Bagdad hacia Punta Isabel con el objeto de embarcarse para Nueva Orleans, como en efecto lo hicieron más tarde en el vapor Clington, cuando al pasar frente á la desembocadura del río Bravo vieron en el mar á lo lejos, los palos de varios buques que después supieron conducían fuerzas francesas, quienes en efecto ocuparon luego á Matamoros así como el conocido jefe conservador Tomás Mejía.

En los Estados Unidos fué muy bien tratada la señora Juárez por las autoridades federales de aquella república, al grado de que el ministro Seward dió una comida oficial en honor de la ilustre proscriba á la que invitó y asistió todo el cuerpo diplomático europeo acreditado ante el gobierno de la Casa Blanca. Entre los ministros que concurrieron se encontraba el español García Tassara encargado de hacer directamente los honores en la mesa á la señora Juárez y que servía de intérprete entre ésta y Seward. En el salón en que se dió el banquete estaban dos grandes retratos, uno de Juárez y otro de Santa-Anna y una de las ocasiones que el ministro de Estado norte-americano se dirigió á Margarita por conducto de García Tassara dijo estas palabras:

—Tenga usted la bondad de manifestar á la señora Juárez que mi mayor deseo es que pronto nos veamos en la Capital de la República como fundadamente lo espero; que ahí al tener la satisfacción de ir á saludar al patriota Sr. Juárez, mi mayor gusto sería ver unidos á mis dos amigos (señalando á Santa-Anna) y ya olvidadas las rencillas de partido que hasta hoy los han separado.

—Suplico á usted manifieste al Sr. Seward,

dijo la señora Juárez, que tendríamos una gran satisfacción tanto mi esposo como yo en verlo por México, pero que no espere encontrar allí reunidos al general Santa-Anna y á Juárez. Si uno de los dos está en la Capital, el otro tendrá que estar muy lejos; porque tratándose de principios políticos un océano los separa.

La solicitud del gobierno americano no se desmintió un solo momento y cuando después del triunfo de la República vino la familia Juárez á reunirse definitivamente con el grande hombre, el Ejecutivo de los Estados Unidos puso á disposición de Margarita y sus hijos el vapor de guerra *Wilderness* en el que hicieron la travesía de Nueva Orleans á Veracruz.

En Nueva-York y en una de las veces que Margarita fué al mercado, pues allí se acostumbraba que vayan las señoras á la compra y el despacho de los comestibles está muy bien arreglado y servido por express, un vendedor de pescados estaba leyendo con gran empeño en el *Herald* noticias de México, referentes á la guerra que sostenía el partido liberal contra el llamado imperio. Al ver llegar á Margarita y á su hija Manuela, á quienes aunque no conocía por sus nombres, sabía eran mexicanas, en un arranque de entusiasmo se dirigió á la Sra. Juárez y en un mal español le dice:

—Ustedes son mexicanas, ustedes deben tener el honor de conocer al gran patriota, al presidente Juárez, ¿no es verdad?

—Sí lo conocemos, respondió con sencillez Margarita guardando modestamente el incógnito. El admirador del reformista no supo por lo mismo que estaba hablando con la esposa de éste.

El trayecto de Veracruz á México fué una ovación á la familia hecha por todos los pueblos del tránsito, de manera que cuando el Sr. Juárez puso un telegrama preguntando en su impaciencia cuándo llegarían su esposa y sus hijos á la Capital, la respuesta fué que *cuan-do pudieran*, porque en todas partes les instaban á permanecer siquiera un día, especialmente cuando se trataba de pequeños pueblos de indígenas.

Reunida al fin con su esposo Margarita, fué en la prosperidad lo que había sido en la desgracia; siempre modesta, siempre buena, siempre amante de su marido y tierna y abnegada para sus hijos. En los Estados Unidos y durante la última separación forzosa de su esposo, sufrió el postrero y rudísimo golpe de los muchos que le apearon las circunstancias aciagas de su vida, pues perdió con diferencia de meses de un año á sus dos hijos varones José y Antonio, este último el menor de todos y en quien como vulgarmente se dice se *velan* sus padres.

Cuidaba siempre con grande empeño de inculcar á sus hijos ideas de verdadera modestia y nunca olvidaba después de cualquier reunión en la que á causa del puesto del Sr. Juárez, siempre eran muy distinguidos, decirles estas ó semejantes palabras:

—Hijos: estas distinciones concluirán cuando por desgracia se muera su padre. No se enorgullecán por ellas y recuerden siempre que la mujer vale sobre todo por sus virtudes y que la vanidad es uno de los más feos defectos en una señorita. Acuérdense de las épocas en que hemos sufrido escaseces y consideren que las adu-laciones de hoy pueden trocarse en indiferencia y hasta en desprecios, si la suerte cambia.

El Sr. Juárez á su vez con su ejemplo y con sus palabras ayudaba eficazmente á su esposa en esta noble obra de educación moral. Siempre que iba á un banquete, á una reunión ó á cualquiera festividad, decía invariablemente en su casa estas palabras:

—Voy á una comida que *dan al Gobierno*; ó bien: voy á una reunión á que ha sido *invitado el Gobierno*; voy á presidir una *festividad para la que ha sido solicitada la presencia del Gobierno*; indicando con esto que él el primero, estimaba estas distinciones en lo que significaban y valían.

Poco debía durar á Margarita la satisfacción de verse con su esposo y gozando de los honores á que era acreedora por sus personales cualidades, pues el día 2 de Enero de 1871, cuando aún no cumplía cuarenta y cinco años, bajó al sepulcro en medio de las lágrimas y del profundo dolor de toda su familia; ya próxima su muerte, algunos días antes de que exhalara el último suspiro, se quedó un día mirando á su esposo con íntima ternura y profunda tristeza y con voz apagada exclamó:

—Pobre viejo, no me sobrevivirás mucho tiempo.

El Sr. Juárez estaba hondamente conmovido y al ver á su esposa tan triste y tan enferma, volvió la cabeza para secarse las lágrimas que ya no le fué posible contener. . . .

Si la mujer siempre tiene sin ninguna duda influencia decisiva en los actos del hombre, más clara y directa es esta influencia en buen ó mal sentido, cuando esa mujer es excepcionalmente mala ó excepcionalmente buena. Una esposa como lo fué la señora Juárez significa indudablemente un elemento auxiliar poderosísimo en los actos de un hombre extraordinario y por eso no era posible hablar del esposo sin hablar asimismo de la fiel compañera de su vida, de su verdadero y más eficaz apoyo moral en medio á los terribles embates de una tempestuosa existencia llena de tantas penalidades como gloria.

Por eso seguramente el hombre del hogar en Juárez no fué inferior al hombre público y como supo hacerse digno del inmenso cariño de su esposa, la influencia de ésta fué todavía mayor, coadyuvando en no pequeña parte á sostener y estimular el gran carácter del humilde indio de Guelatao. Juárez, en efecto, que tenía la fama de friamente severo y hombre sin corazón, no pudo resistir dos años el dolor de la muerte de Margarita y murió precisamente del corazón.

En el seno de la familia era tierno y cariñoso hasta el extremo; aprobaba y aun estimulaba la conducta caritativa de su esposa cuando ésta salía de la casa como lo hizo más de una vez á llevar consuelo y auxilios á una desventurada familia que habitaba quizás una lobre-ga y reducida pocilga de la casa de vecindad de un barrio, y las lágrimas asomaban á los ojos de aquel hombre en apariencia de bronce, al ver en el teatro la representación de escenas patéticas ó al presenciar en su hogar escenas íntimas de ternura y felicidad que hacen llorar de satisfacción, como se llora de pesar en las grandes contrariedades de la vida.

En cambio su vida pública está toda llena de rasgos que revelan su energía inquebrantable, sobretodo al tratarse del cumplimiento de un deber. Muchas personas que aún viven recuerdan entre otros el hecho siguiente, que ocurrió, á raíz del triunfo del Gobierno constitucional á consecuencia de la batalla de Calpulalpan.

Atacaron Márquez y otros corifeos conservadores la garita de San Cosme de la Capital, de una manera inesperada y repitiendo el hecho ocurrido algún tiempo antes llevado á cabo por el general liberal Blanco; en esos momentos estaba el Congreso en sesión y algunos diputados, al tener la noticia del brusco ataque de Márquez, salieron desprovistos del templo de las leyes con el objeto indudable de salvarse del peligro; uno de éstos llegó hasta la Presidencia, donde el Sr. Juárez tranquilamente tomaba sus disposiciones para rechazar la brusca agresión del hombre de Tacubaya; el diputado completamente tembloroso se dirige en esos momentos á Juárez diciéndole:

—Señor, Márquez ha penetrado á la ciudad; el gobierno corre inminente peligro: ¿que es lo que hacemos?

—Vuelva usted, señor diputado, á la Cámara, le responde Juárez, y permanezca en su puesto aunque le sorprenda la muerte. Cumpla usted con su deber de representante del pueblo, que yo aquí sabré, no lo dude usted, cumplir con el mío de Presidente.

El diputado se retiró confuso y lleno de turbación ante la severa actitud de Juárez. . . . .

Fué profética la exclamación de Margarita ya moribunda y Juárez tuvo también el presentimiento de su próxima muerte. Diecinueve días antes de bajar al sepulcro el 29 de Junio de 1872, estaban reunidos todos sus hijos con motivo de ser el día del santo de D. Pedro Santacilia. Entre los invitados se encontraba el viejo y popular bardo Guillermo Prieto, antiguo ministro y amigo del grande hombre y el compañero en su peregrinación por los Estados de Occidente, como lo fueron entonces Ocampo y don Manuel Ruiz. Cuando mayor animación reinaba en la mesa, Juárez tomó la palabra é inmediatamente reinó un silencio profundo: se dirigió desde luego á Prieto y le dijo:

—Guillermo, poco tiempo me queda de vida; toma tu copa y prométeme delante de todos mis hijos que cada año en este día, cuando todos los seres más queridos de mi corazón estén reunidos, vendrás como hoy á recordarles quiénes fueron sus padres, á hablarles de Margarita y de mí y del inmenso cariño que les hemos tenido, á excitarlos á que no nos olviden, á que tengan siempre presentes los consejos de la santa mujer que ya no existe; hoy te lo pido por que es seguramente el último año que vivo, y si accedes á mi ruego quedo tranquilo, porque sé que cumplirás tu promesa.

El sentido poeta lo prometió, y en efecto hasta este año (1890) ha cumplido fielmente el encargo recibido.

Los cuerpos de los dos esposos reposan juntos en la mansión de los que ya no existen y

bajo el elegante y artístico sarcófago que hasta hoy está en el antiguo panteón de San Fernando. El mismo popular bardo, que cada año asiste, aun cuando sea un momento, á beber una copa con la familia Juárez, en recuerdo de los seres queridos para ésta, que ya no son, compuso en honor de la gran matrona el siguiente bellissimo soneto que pinta admirablemente y en pocas palabras el valor moral de las virtudes de Margarita, siendo por lo mismo su mejor y más cumplido elogio:

“Bello su rostro, inmensa su ternura,  
A la hora del placer desaparecía;  
Mas derramando el bien, resplandecía  
En momentos de prueba y amargura.  
Al herirla implacable desventura,  
La familia, en su seno, guarecía  
Como ave amante que polluelos cría  
Del halcón desafiando la bravura.  
En medio del poder, de lauros llena,  
Su pobreza sublime recordaba,  
De vil jactancia y vanidad ajena,  
Y del regio palacio desertaba  
Para aliviar solícita la pena  
Del que en miseria y soledad lloraba.”

Notas.—Los datos de la anterior biografía los debemos en su mayor parte á la amabilidad de varios miembros respetables de la familia Juárez.

En la anterior entrega y al hablar del matrimonio de los esposos Juárez, se hizo mención de un señor Joaquín Serrano. Debe ser Juan José Serrano.

E. M. DE LOS RÍOS.

